

La trampa de los sentidos

Por Abdón Ubidia

Diario *Hoy*, Revista “Matapalo” (Quito) 12 marzo 1989: 6.

La trampa que guarda el título ya es en sí misma reveladora. *Solo*, como un solo de guitarra o de violín. Y *solo*, en el sentido de solamente; es decir, relatos trabajados nada más que con palabras. Lo primero alude a una melodía profunda que se desarrolla solitaria, sin necesidad de que nada ni nadie la acompañe, alude a una voz que habla su verdad en medio del silencio del mundo, ajena a todo lo que no sea su propio fluir. O sea que alude a algo que es presencia y es vida. Lo segundo, en cambio, a lo contrario, esto es, al orden de algún modo puritano de las palabras, del discurso, de la sintaxis, de la cárcel verbal, de aquello que no es presencia contundente sino eco, que no es vida sino eco de la vida.

El doble sentido de la palabra *solo*, marca, en el fondo, las dos coordenadas entre las cuales se agita el bullente mundo de este libro: de un lado, la vida varia e inasible que no cesa de proponerle a Vallejo temas diversos y dispares; coloridos, dolorosos; a ratos lacerantes, a ratos amables. De otro lado, la voluntad que tiene este autor de recogerlos en un mismo receptáculo, de moldearlos conforme a las reglas del exigente oficio de contar, y, por cierto, de imprimir en ellos su sello personal, esa individualidad suya que busca dominar y armar, muy a su modo, los componentes de esa mezcla rabiosa y magmática, hecha siempre de realidad y fantasía, que es la materia prima de toda narrativa.

En “Apocalípticas del parque”, por ejemplo, se agita veloz, pintoresca, trágica también, la vida del Parque Centenario de Guayaquil, representada por una serie de personajes característicos, obligados, inevitables: un pordiosero ciego, una prostituta de corazón enternecido, una vieja cantante en desgracia, un funámbulo mísero; seres todos de un orbe lumpenizado y muy reconocible, quienes esperan, conforme a la exaltada prédica de un pastor evangélico, nada menos que el fin del mundo. Pero allí, en esa escena apocalíptica pero de muchos modos familiar, cotidiana, en la que solo el sinsentido parece primar, o dicho de otro modo la falta de una historia que sea menos precaria que la existencia de esos seres carentes de pasado, unidos apenas por los delgados hilos de un eterno presente, irrumpe entonces, férrea, segura, la mano de un narrador muy dueño de sus recursos, que ordena aquel sinsentido, que lo dota, ahora sí, gracias a un desenlace previsto pero preciso y necesario, de la historia que le faltaba al mundillo aquel para que pudiese ser interpretado por nosotros, para que nosotros, los lectores, veamos que ese fin del mundo tan decantado por el pastor, no era sino el fin de un mundo concreto aunque anónimo, esto es, el fin de la vida concreta y anónima de uno de los personajes del parque.

No está en mi ánimo el referir los argumentos ni arrebatarles a los lectores el placer de una lectura amena. Y no creo posible que un resumen —incluso si es pormenorizado— pueda suplir la experiencia de la lectura viva. Pasa simplemente que los relatos de Vallejo invitan a referirlos, a mostrarlos en su anécdota y sus personajes,

lo cual da la medida de sus habilidades de narrador.

Solo de palabras o solo de la vida. Quién pudiera decir en el caso de otro de estos relatos llamado “Con una pequeña ayuda de mis amigos”, de qué lado se inclina el fiel de la balanza. Venido de otra arista de la realidad, distinta, acaso opuesta a la que se evidenciaba en “Apocalípticos del parque”, este es un tejido de historias que confluyen en la conciencia de un narrador que las convoca de la misma manera que una coyuntura atroz convocó a un conjunto de trágicas figuras de nuestro pasado político reciente. Historia hecha de un pausado fluir memorioso, imaginativo, que indaga (usando refinados procedimientos narrativos) un hecho dramático y, hay que decirlo, insólito en nuestras tierras, libres hasta aquí de la violencia que asola a nuestros vecinos: el secuestro de un hombre rico por parte de un grupo subversivo. Hecho insólito, sí, aunque en el período negro de esa proto dictadura, o dictadura abortada que fuera el febreorderismo, casi pasara a ser su contrapartida buscada, su correlato o réplica: la acción desesperada de unos jóvenes desesperados que no encontraron otra salida que esa suerte de suicidio generacional que, en aquel momento, pudo disfrazarse de subversión. Y allí las secuencias se suceden unas a otras, sin prisa, dejando al relator el suficiente tiempo para acompañar cada acción de los personajes (el secuestrado, los secuestradores, el torturador, los torturados) con reflexiones dolorosas y profundas acerca de ese juego de masacre cuyas reglas no dependían, a la final, de ellos.

¿Solo de la vida o solo de la imaginación? ¿Solo de palabras? Ningún lector podrá calificar a este libro de una manera unívoca. La intromisión de la palabra *solo* en el título, oficia de clave y advertencia a un tiempo. Esa palabra siempre será ambigua. Y excluyente. Se está *solo* porque se está aislado del resto. Se escoge *sólo* aquello porque se nos escapa algo. Extraña magia la de ciertas palabras que son ambiguas y polivalentes en todos los casos. Extraña potestad la de la literatura que encontrará en ellas la sustancia propicia para decir muchas cosas a un tiempo, para expresar en singular lo múltiple, para decir sin decir del todo lo que de otra forma no se puede decir.

Es quizás en “Los borradores de Adriana Piel”, en mi concepto el más hermoso de los relatos del libro, en donde ese arte de Vallejo resalta con mayor nitidez. Allí todo ocurre dentro de esa cámara cerrada y tortuosa que es la conciencia del protagonista, un escritor que indaga el rastro de una mujer real o imaginaria que se le escapa y a la que necesita retener. Real en la medida en que ella estuvo alguna vez en su vida. Imaginaria porque una vez que la ha perdido, esa mujer no podrá ser sino un objeto de angustiada búsqueda, primero entre las calles de un Guayaquil nocturno pintado con firmes trazos, y luego en la memoria, y luego, por fin, en su la imaginación, en el enigma de lo que esa mujer pudo o no ser, en la certeza —digamos muy sartreana— de que jamás el Narrador-personaje podrá capturar del todo su conciencia, es decir, su libertad. Entonces es cuando esa Adriana que protesta y se defiende en el interior de los diálogos que el protagonista le acomoda, salta a primer plano, narra su otra vida, sus devaneos presumibles, sus escapatorias. De este modo, el relato se convierte, además, en la traición de un personaje a su autor. Pero también —entre los límites del texto que escribe el Narrador—, en la historia de otras traiciones: no sólo la de su ex esposa hacia él: también la de él mismo: también la de los dos, cruzados siempre en caminos distintos y sin encuentro posible.

Como “Los borradores de Adriana Piel”, hay en el libro otros relatos notables: “Una experiencia de santidad”, por ejemplo, que puede entenderse como un homenaje al Umberto Eco de *El nombre de la rosa*; o “Beatriz huele a café” en el que la vieja identificación de arte y locura y la oposición entre vida cotidiana y creación son los núcleos ordenadores de una trama que bien pudo enriquecerse con muchos más detalles acerca de cada uno de los personajes, según los procedimientos que el mismo autor, en las otras piezas de su obra, ha sabido dominar bien. Lo cual no quita ni pone nada. Porque este es, de cualquier manera, un muy buen libro.

Raúl Vallejo es un escritor cabal y lo sabe. Su arte reside justamente en no quedarse en la historia seca, en el significado congelado y único, sino en saber moverse en varios planos y sentidos a la vez.

Ni solo de palabras, ni solo de la vida, ni solo de la imaginación: los cuentos de este libro son todo eso a un tiempo; un testimonio cierto de lo que el talento y la honestidad de un escritor pueden lograr: un aporte perdurable a la nueva literatura ecuatoriana; un aporte que, además, consciente o inconscientemente, se inscribe en el interior de un debate muy actual al tomar partido por lo nuevo, lo experimental, lo vanguardista; aquellas conquistas del arte que —al menos en el interior de esa esfera, la del arte, que por suerte o por desgracia es la nuestra— el denominado postmodernismo (con toda la carga irónica que el término de moda puede cobrar en nuestras tierras) quiere dar por finalizadas.

Solo de palabras es novedoso, experimental, vanguardista. Creo que todo eso está en la base de la poética de Raúl Vallejo. Y creo que todo eso le confiere al libro una doble importancia: la de ensayar una literatura enraizada en un mundo cuestionable y arduo, que es el nuestro, y la de entregarnos un buen manejo de formas expresivas que nos enseña, una vez más, que para nada la literatura puede estar hecha sólo de palabras.